

A un año del Informe Delors, la futura unión europea se encuentra ante dos caminos: el de la regularización y el de la armonización que se quiere desde Bruselas y por otro lado el del libre mercado y la competencia, abierto a las nuevas democracias.

La unión monetaria europea en la encrucijada

Por Francisco Cabrillo

Transcurrido ya más de un año desde que el Comité Delors presentara su importante informe sobre la unión económica y monetaria en la Comunidad Económica Europea, parece un buen momento para realizar algunas reflexiones sobre lo que dicho documento significa en la actual política comunitaria y sobre lo que puede suceder en los próximos meses.

Muchos han sido los cambios de todo orden que han tenido lugar en Europa desde el mes de abril de 1989, cuando se presentan a la opinión pública las recomendaciones del Informe Delors. Los más importantes han sido, sin duda, el rápido proceso de reunificación alemana y la democratización de las naciones de Europa Oriental, que han modificado sustancialmente la estructura política de nuestro continente. Polonia, Hungría o Checoslovaquia han dejado de ser países ajenos a la CEE, de la que les separaban barreras infranqueables, para pasar a con-



La reunificación alemana y el proceso democrático de los países del Centro y Este han modificado la estructura política de Europa

vertirse en candidatos a una unión europea más amplia.

Varsovia, Praga, Budapest son ciudades europeas

Algunas personas, centradas, tal vez, en exceso en lo que sucedía en la parte occidental del continente, habían perdido de vista a estas naciones. Pero nunca faltaron las voces de quienes consideraron que su futuro iría unido al gran proyecto europeo. Así en uno de los textos básicos para entender lo que hoy está sucediendo en la CEE —el discurso pronunciado en Brujas en septiembre de 1988 por la señora Thatcher— la primera ministra británica afirmaba: «La Comunidad Europea es una manifestación de la identidad europea, pero no es la única. Debemos recordar siempre que, al este del telón de acero, hay unos pueblos que una vez tuvieron una cultura, una libertad y una identidad plenamente europeas y hoy están separados. Siempre consideraremos que Varsovia, Praga y Budapest son grandes ciudades europeas».

Nunca pudo pensar la señora Thatcher lo ciertas que sus palabras habrían de resultar en muy poco tiempo. Todas las instituciones europeas, desde las estrictamente técnicas a las de carácter más político, se verán profundamente afectadas por estos acontecimientos. Si alguien pretende que proyectos como la unión económica y monetaria puedan seguir adelante sin que la nueva situación que vive Europa les afecte, se engaña radicalmente. Nada volverá a ser como antes.

Pero no son los cambios en la Europa del este los únicos problemas que puede encontrar en su camino el proyecto Delors. En la opinión pública de los países de la CEE empiezan a surgir, al mismo tiempo, posturas críticas hacia un modelo centralizador como el defendido por la Comisión, cuya necesidad o conveniencia es puesta en tela de juicio. No solo Gran Bretaña se opone a este plan. De forma más suave han mostrado también reticencias hacia él algunas instituciones importantes, en-



tre las que destaca el poderoso banco central alemán. Y empiezan, además, a formarse en algunos países organizaciones privadas que defienden un modelo alternativo al proyecto hoy en discusión.

El Bruges Group defiende la competencia

La más importante es, sin duda, el Bruges Group, organización con sede en Gran Bretaña, que cuenta con representaciones y apoyos en prácticamente todos los países de la Comunidad. Desde el Bruges Group y otras instituciones similares se defiende la idea de una unión monetaria y económica basada no en la homogeneidad, sino en la diversidad y la compe-



tencia. Esto implica, entre otras cosas, un rechazo total a uno de los principios básicos del proyecto Delors: la creación de una moneda única y de un Sistema Europeo de Bancos Centrales. Se recomienda, en cambio, un sistema alternativo no burocratizado y basado en la libre circulación y competencia de todas las monedas de los países miembros. Se apoya decididamente la construcción del mercado único; pero se critican los proyectos de regulación y armonización que tanto gustan a la Comisión y a la burocracia de Bruselas. En pocas palabras, se recuerda a los ciudadanos europeos algo muy simple, pero aparentemente ignorado: que crear el mercado único es algo muy diferente de armonizar políticas económi-



Los recientes acontecimientos afectarán a todas las instituciones. Ya nada volverá a ser como antes

cas; y que la existencia de aquél no requiere en absoluto que tal homogeneización forzada se lleve a cabo.

En los momentos actuales la Comunidad se encuentra en una encrucijada. No sabemos aún con certeza qué camino se elegirá. El próximo mes de diciembre los Jefes de Estado y de Gobierno de la CEE se reunirán para discutir las cuestiones fundamentales que afecten a la integración europea. Pocas semanas antes los adversarios del proyecto Delors y los defensores de una Europa basada en el libre mercado y la competencia, y abierta a los países hasta hace poco socialistas, celebrarán en Viena un congreso en el que presentarán su alternativa y tratarán de influir en las decisiones que

adopte la suprema autoridad comunitaria.

La mayoría de los ciudadanos europeos, sin embargo, permanece al margen de estas cuestiones y muestra muy poco interés por ellas, a pesar de que pueden determinar cómo se organizará la vida económica del continente durante muchos años. Cabe preguntarse qué pasará si triunfan las tesis armonizadoras y los centros de poder se asientan definitivamente en Bruselas. Porque, a pesar de los progresos del transporte aéreo, la capital de la Comunidad es una ciudad que a casi todos los europeos nos parece muy lejana. ■

Francisco Cabrillo es catedrático de Economía de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense.